

LOS TRES TORMENTOS DE JUAN CARLOS ORREGO

Si entonces no lo sabía, desde ese momento ya no tuve dudas acerca de mi verdadera condición: yo era un coleccionista de libros, y tanto quería a algunos que les concedía la gracia de leerlos.

“Memorias de un comprador de libros”.

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Primer tormento: prenderse de un libro que uno no compra

Bibliófilo por obsesión, Juan Carlos Orrego no olvida nada de lo leído, ni las historias de novelas y cuentos, ni sus autores y fechas de publicación. Ni siquiera los colores y demás características de la edición del libro físico en que los leyó. De esta manera ha ido trazando la extensa y diversa geografía de su biblioteca personal, que se vierte con gracia y humor sobre sus propios relatos. De ahí que el lector no se sienta abrumado, sino guiado a un universo particular de bella erudición

literaria. Los resplandores de numerosas obras, entrevistos de la mano del autor, le dejan a uno la sensación de haber pasado también por sus páginas. Ese escritor entregado a los libros, borgiano en esencia pero enmarcado en sus particularidades quijotescas, es

uno de los muchos rasgos interesantes de la escritura de sus cuentos.

El primer libro de relatos de Juan Carlos, *Cuentos que he querido escribir*, fue publicado por el Fondo Editorial de la Universidad Eafit en 1999. Desde el título se advierte que hay una intención paradójica de juego con la realidad literaria, idea que se ve reforzada por la carátula. En ella, un anciano postrado en una cama escribe un manuscrito, rodeado de libros en una buhardilla llena de goteras. La realidad es un apéndice imperfecto de la realidad ficticia, única posibilidad en la concepción de la existencia de muchos de los narradores y personajes de los cuentos de Juan Carlos. Bibliotecarios, compradores de libros, lectores empedernidos, entre otros, esos individuos viven gracias a los libros que atesoran, compran y devoran como si no fueran parte de la vida sino la propia vida.

Los títulos de los *Cuentos que he querido escribir* (“Más acá de la tumba

Los personajes de sus relatos están obsesionados con los libros y sus autores, viven de lo que leen y en lo que leen.

de Jorge Isaacs”, “Historia de un escritor y un laberinto”, “Rayuela”, etc.) le avisan al lector del mundo libresco que va a encontrar dentro. Y en realidad se trata de un mundo. No solo el amor, la muerte y los grandes temas encuentran lugar en sus páginas, sino asuntos menores como los comercios cotidianos —de libros— o aún algo tan elemental como los juegos de mesa. En el cuento “Dominó”, por ejemplo, a dos personajes se les va la vida como contrincantes de un juego inventado por ellos mismos, en el que las fichas son los libros leídos por cada uno de los contendores, y los números dibujados en ellas los diferentes motivos que aparecen en las historias. Estos cuentos que tratan temáticas en apariencia poco importantes, en realidad llenan de verosimilitud a la obra general al ofrecer detalles de un gran fresco.

En el cuento “Memorias de un comprador de libros” aparecen los tres tormentos fundamentales de un lector incontinente según el autor, quien seguramente los padece por lo bien que los describe. El relato cuenta en primera persona la historia de un chico de quince años que descubre el mundo de los libros y las librerías y, de paso, el de la literatura. El personaje se declara “bibliómano neófito”, y confiesa: “iba a las librerías tanto para comprar como para estarme por ahí, entre los libros, oliendo el papel de sus páginas recién impresas y divirtiéndome entre la policromía de los lomos, de la misma forma que el cazador no busca solo la presa sino también el abrazo del bosque”. El cuento es un ritual de iniciación al mundo de la lectura, metáfora si se quiere de toda su obra.

A pesar de lo que podría pensarse a partir de la erudición que hay en la obra de Juan Carlos, el tratamiento literario de la misma está marcado por la informalidad. Los escenarios en los cuales se desarrollan sus historias suelen ser de ámbito popular, pues aunque haya uno o dos personajes principales que tienen el hábito de leer, el resto suelen ser personas del común. Y es en el momento, cuando ambas realidades se encuentran, que surge una magia novedosa

en los relatos de Juan Carlos. En los diálogos escritos de manera coloquial puede verse claramente este rasgo de su escritura. En ellos se nota el gusto del autor por el habla local y sus giros, un tema que ya tiene una tradición entre los escritores antioqueños. Al igual que Tomás Carrasquilla o Tomás González, Orrego se regodea en las formas regionales, las palabras soeces y los ritmos propios del habla callejera, a pesar de que se trate de personajes que se interesan en obras literarias, como casi todos los suyos.

Segundo tormento: no comprar un libro en su momento, para después no encontrarlo

Más que un hábito, la lectura es un vicio para los personajes de los cuentos de Juan Carlos Orrego, con todo lo que rodea de manera genérica este rasgo de la conducta: ansiedad por no leer, querer leer siempre más, comprar más libros de los que es posible leer, atesorar ejemplares, y hasta ser voyerista de lo que los otros leen. En el cuento “En el metro”, uno de esos pervertidos literarios hace lo improbable, no por ver el escote de una voluptuosa mujer, sino por ver cuál es el libro que la entretiene durante su viaje. Para aquel lector impertinente —y prejuicioso ante la posibilidad de que no sea un libro literario sino una lectura popular o de autoayuda—, no hay nada más en el mundo que ese libro, el libro que no tiene en sus manos pero que podría, eventualmente, tener.

Cuentos que he querido escribir es un libro único en su abordaje de la literatura como tema de la ficción. Los personajes de sus relatos están obsesionados con los libros y sus autores, viven de lo que leen y en lo que leen. Aún más, reescriben las historias como la única manera de cambiar el mundo en el que viven, un principio que se mantendrá intacto y aún mejor logrado en posteriores relatos de Juan Carlos. *Cuentos...* ostenta incluso un “Índice para consultores” como colofón: cinco páginas de “nombres de autores, títulos de obras y nombres de

personajes”, cada uno en su correspondiente negrita, itálica y texto simple. En ese momento el libro, narrativo en esencia, se transmuta en material académico, pero siempre dentro de las mismas reglas de su narrativa. De ahí que al leer o consultar dicho índice, somos, más que lectores curiosos, personajes de sus cuentos.

La escritura de *Cuentos...* se dio durante un tiempo en el que Juan Carlos ejercía la antropología, su carrera de formación universitaria. Luego vendría un lapso dedicado a sus estudios de posgrado, esta vez en literatura. En la maestría en literatura colombiana tuvo oportunidad de perfeccionar la imitación del entrañable profesor Poppel, así como de conocer mejor la producción literaria de nuestro país. Especialmente, Orrego se orientó por la literatura de viajes, un tema que lo fue llevando a escribir sobre sus propios recorridos por el Perú, antes de volver a los cuentos. Dichas expediciones (pues luego escribiría otra, por Ecuador y Colombia) son las de un buscador de oro, pero no en las minas sino en las bibliotecas. Si bien sus libros de viajes incluyen visitas a diferentes lugares de estos países vecinos, lo que el viajero ve lo lleva de inmediato a la inmensa biblioteca de lo leído. Ciro Alegría y José María Arguedas son, entre muchos otros, autores latinoamericanos que orientan su brújula por el país de los incas.

Al igual que Tomás Carrasquilla o Tomás González, Orrego se regodea en las formas regionales, las palabras soeces y los ritmos propios del habla callejera, a pesar de que se trate de personajes que se interesan en obras literarias, como casi todos los suyos.

Sin embargo, ya en *Cuentos que he querido escribir* están presentes los recorridos, descritos con gran precisión. “Memorias de un comprador de libros” es una guía de las librerías de la ciudad en los años ochenta y noventa. La urbe va tomando forma no a partir de la

curiosidad caprichosa de un adolescente, sino de metódicos recorridos por las librerías de ese momento, un tejido fundamental cuyo núcleo estaba representado por la Continental: “una profunda sala, repleta de libros hasta un punto inimaginable para un modesto visitante de papelerías como yo”. Entrar en el mundo de las librerías significó para él una nueva mirada sobre el mundo: “sería un lector serio que se procura sus propios libros y que no depende de las horas escasas y accidentadas de la lectura escolar”. En ese entonces, el joven protagonista del relato solo conocía dos colecciones de libros: la biblioteca de su colegio y la de un pariente difunto.

Tercer tormento: el saberse comprando libros que no habrán de leerse

Solo después de su libro de viajes, Orrego se dio la oportunidad de volver al cuento con *La isla del Gallo*. Esta colección de relatos, publicada en 2013 por la editorial de la Universidad Eafit, se caracteriza por la variedad de temas y su tratamiento, aunque nunca desaparece la referencia a la lectura, los autores y las obras literarias en general. Sin embargo, lo más notable es la aparición de la narrativa histórica, con cuentos como “Hernando y Juan” y “Diario de la isla del Gallo”. En estos, la escritura de Juan Carlos alcanza una curva de nivel no vista con anterioridad en otros de sus relatos, sobre todo en lo que se refiere a la profundidad de los sentimientos humanos y el tono mismo de la escritura, trascendental en el buen sentido del término. Ambos relatos, ubicados en el siglo de la conquista española, logran recrear de manera magistral dos situaciones históricas fundamentales en ese encuentro de civilizaciones.

“Hernando y Juan” cuenta los últimos días de Atahualpa, el soberano del estado incaico en el momento de la llegada de los españoles a Cusco. La historia relata los encuentros del rey indígena con Hernando Pizarro, en la celda a la que lo ha confinado su hermano Francisco. Esos postreros momentos del inca se ven suntuosamente narrados a través de esas visitas, en las que los representantes de dos culturas opuestas llegan a esbozar una amistad.

Atahualpa, sabedor quizá de que el rescate en oro que le ha impuesto el cruel Pizarro es un engaño que terminará con su propia muerte, intenta buscar lo que puede haber de verdad en el dios católico, no como una derrota sino como una manera de darle a conocer a esa entidad divina que el mundo ha terminado para él y los súbitos del Tawantinsuyu.

El “Diario de la isla del Gallo” es una entretenida puesta en escena de los meses pasados por Pizarro y sus huestes en una isla del Pacífico colombiano, en los alrededores de Gorgona. Esta parada obligada para el grupo conquistador por la falta de provisiones se convierte en la oportunidad para que el cronista de la cuadrilla pueda escribir un diario de lo sucedido durante la espera. Esta escritura de la Historia es también la reescritura de los hechos. Así como en los relatos de *Cuentos que he querido escribir* los personajes tienen la capacidad de dar vuelta a su propio destino o a las historias que leen, como en “Los cuarenta ladrones y Alí Babá”, también el cronista de la conquista podría llegar a cambiar los hechos de la misma. En el “Diario de la isla del Gallo”, el que escribe sabe que la llegada de Pizarro al Perú será funesta, y por ello intenta reescribir la Historia para proteger no solo a los indígenas de la aldea de la isla donde se encuentran, sino a toda la cultura suramericana. En vano intenta que Pizarro se haga a la mar y pierda el contacto con el barco de Ruiz, que en ese momento está viajando a Panamá para conseguir las provisiones faltantes, indispensables para la campaña conquistadora que se viene.

Ese tipo de licencias literarias sobre la Historia introducen un elemento fantástico que da un carácter particular a las historias de *La isla del Gallo*. El lector siente la presencia de la imaginación y al mismo tiempo la exigencia de descartar el relato como parte de la narración oficial. Mientras tanto, el autor pasa de recrear la intimidad de los personajes históricos a crear nuevas posibilidades e interpretaciones de lo acontecido. Incluso, en contadas ocasiones, se da largas en los anacronismos. Por ejemplo, uno de los personajes del “Diario de la isla del Gallo” recita unos versos de Calderón de la Barca, cuando el escritor no había nacido

aún en la época en la que sucede la historia. O cuando el mismo narrador, participante en la historia, dice que, si le fuera dado, le pondría el título de *El capitán en su laberinto* a un libro sobre Pizarro. Como lector, encuentro un gran acierto en todo el tratamiento que el autor le da a la Historia al recrearla, pero me queda la duda si su intervención aporta al relato, al forzar el anacronismo hacia su propio ámbito más que al del personaje.

Creo que con *La isla del Gallo* Juan Carlos Orrego sigue fiel a una línea creativa que se aprovisiona de su propia vida como lector, que comenzó con *Cuentos que he querido escribir*. Esta fidelidad no se traduce en encasillamiento, todo lo contrario, señala la capacidad de un tipo de escritor con un universo propio muy marcado para, aun hollando en nuevas posibilidades (como la literatura histórica), conservar su esencia.

En manos de Juan Carlos, la literatura se convierte en un tema vivencial. Su lado borgiano se ve compensado no solo por la narrativa de la experiencia personal, sino por un gusto hacia lo que podríamos llamar, en este contexto, el ritual de lo cotidiano. Este ritual empezó a los quince años, según sus “Memorias...”, como comprador de libros: “los libros serían míos enteramente, hasta el fin de los tiempos. [...] Ellos habían atinado a acompañar —con el olor dulce de sus páginas, sus garabatos de tinta, con la suavidad o firmeza de sus tapas— una existencia —la mía— que de lo contrario andaría dando tumbos, vacía, en la ciudad hostil que no parecía pertenecer a nadie”. Ya en ese entonces puede verse cómo asomaba su lado quijotesco, que terminaría por ejercer una atracción enfermiza por los libros y lo leído, en la que nos inscribimos todos sus lectores incondicionales. Aparte de ser un comprador de libros con cuyos tormentos gozamos, Juan Carlos Orrego es uno de los escritores más importantes de nuestra generación. ■

Ignacio Piedrahita (Colombia)

Geólogo de la Universidad Eafit y escritor. Ha publicado, entre otros, el libro de cuentos *La caligrafía del basilisco* (1999), el libro de viaje *Al oído de la cordillera* (2011) y la novela *Un mar* (2006).